



Río Amarillo

JESUS FERRERO

PAMIELA



Río Amarillo

JESÚS FERRERO

A la memoria
de
Antonio Fernández Iraizoz

DORADO FLUIR

Se trata de seres y de maneras de estar
Hombres y ellas perseverantes
Que a sus horas van de deidades
Duermen el sueño rápido de los héroes
Y calzan el pie de las aves superiores

Se trata de estar y de llegar a ser
Un río de oro entre los flujos

Se trata de adivinar el mar de un río
Suponer que habla un Lao-Tse griego
Y decir: Por fin: Dórico y Ming

J. M. Hernández-Larrea

1. LI PO Y LOS PRÍNCIPES

(Donde el poeta Li Po habla del momento en que abandona la corte del emperador Suan Tsog y de su favorita Yang Kuei Fei, la Golondrina Ágil, para llevar una vida errante).

"Li Po huyó de palacio y recorrió muchas comarcas antes de ahogarse en el río Amarillo. Dicen que estaba borracho y que quiso abrazar la luna reflejada en el agua".

- **Yi Kiang**, Fábulas de la dinastía Tang -

"Los borrachos tienen el alma húmeda".

- **Heráclito** -

Veinte años he pasado en el bosque de alisos
junto a los jóvenes príncipes y los escribas del rey.
Y nunca pude llegar
hasta las gentes que habitan en el país de los lagos.

Nunca veré su galope por las azules planicies
ni cuando tensan el arco,
silba la fina saeta
y caen juntas dos grullas.

Hace veinticuatro años
yo era un joven letrado
venido de la remota comarca de Se Chuén
donde discurren las aguas entre veredas de juncos
y casas de pardo bambú.

Mas nunca volví a ver
aquellas claras ciudades
ni los ruidosos mercados que estallan al mediodía.

Allí vendían mis gentes té, higuieruela y benjuí,
pimienta y óleos de loto y mirra,
barbos aún palpitantes,
brebajes de flor de saúco
y amapolas que florecen más allá de Se Chuén
para tardes indolentes
y noches amarillas.

De tibias gotas de seda
era la primera lluvia otoñal,

y yo corría tras ella por las callejas mojadas
o bajaba a la fuente
donde abrevaban los bueyes negros del mercader.

Contaban que aquel hombre de pacífica mirada
y plateada melena
venía de lejanas ferias de Chan-gan.

Un día le dije que quería ir con él
(yo tenía nueve años)
y él rió sabiamente y me miró complacido
y después me regaló
una de aquellas estatuas de porcelana amarilla
de la diosa Kaiánol
que viaja encima de un pato y protege al caminante.

"Mañana, hijo, mañana
podrás ver las lejanías
sin que te lo impida nadie."

Y desatando los bueyes cargó las ollas de sal
y remontó la colina
de los naranjos.

Nunca lo volví a ver
ni volví a ver jamás mi apacible comarca
desde el día en que partí.

(Tenía entonces
dieciocho años).

Y yo que tanto amé la fragancia del vino
en el vientre de la taza de arcilla
y las porosas mañanas, y las azules salinas
veteadas de torrentes
azules como turquesas...
¡Qué extraño el despertar allí
y qué extraño beber la luz
que me quemaba en la boca
y me abrasaba las pupilas!

Y yo que tanto amé las horas rojas
de aquel lugar tan líquido
cuando el agua llameaba amorosamente
y vivir y soñar eran lo mismo...

¡Y yo que tanto amé ese cielo,
y yo que tanto amé la vida!

¡Ay! mas al final dejé
mi amada tierra nativa
y quise ser viajero.

Siete años vagué por esas sendas
que llevan a Chan-gan.
Hermanaba con borrachos y tahúres,
pasaba en posadas perdidas la noche
y escribía canciones en los caminos.

Antes, mucho antes de llegar a ti,
rey del país de Song Guó,
busqué a los miserables y amé sus desatinos.

Pero un día vino a mí
tu escriba predilecto
y me llevó a tu palacio y yo canté mis canciones.

Eran las canciones de un joven caminante,
canciones que hablaban de la luna otoñal,
del sigilo del viajero al cruzar el bosque,
de la flauta que se oye a lo lejos,
del caluroso vino.

Canciones de un muchacho que buscando la tiniebla
buscaba también el mediodía
y el rumor de las marismas y el olor
de la hierba y el silencio
inviolable de los pinos.

De alguien que amaba el azaroso
dilema de la vida:
su oscuridad
y su transparencia.

Pero tú me halagaste y contigo
muchas veces paseé
por la ribera de sauces a la hora del poniente.

La luz de la luna se filtraba por el tupido ramaje
y llegaban desde el lago sosegadas risas;
jóvenes pajes
guiaban el carruaje por la rotonda de alisos.

Quise esta tarde quedarme en tu casa
y olvidar la oscura noche del viajero.
Las tabernas malolientes,
los otoños sin cobijo, el continuo trashumar,
quedaron atrás para siempre.

Me esperaban veinte años
de obediencia simulada y agría dicha.
Veinte años festejando tu presencia
entre escaleras de jade y protegidos ciruelos,

pues hoy se cumplen veinte años
desde el día en que llegué a la casa de los príncipes.

Y apenas ya si recuerdo
al joven que ayer cruzaba
el bosque al atardecer,

cuando enrojecen las hayas y creemos habitar
la entraña incendiada de la luz.

En tus amables jardines
nunca será tan diáfano el crepúsculo,
porque en ellos reinas tú y porque en ellos
todos los senderos llevan a palacio.

¿Quién por más que quiera
podrá extraviarse en la avenida de los tilos?

¿Y quién podrá olvidarte en un lugar
donde hasta los árboles saben tu nombre
y donde todo se hizo para recordarte?

Sólo las tribus que surcan
la vasta tierra de Gobi
desconocen tus legados.

Como ellas yo deseo solamente
una tierra que me ignore
y un lugar que no sea imagen de mi vida.

Buscaré ese lugar y ya no temeré
la hora fatal de la tristeza.
Hablaré con los búhos que saben los secretos
de las almas húmedas
e invocaré al viejo poeta Han Shan.

Él miraba las estrellas con la misma intimidad
con que mira el pez al agua,

y amaba el crujido
de la escarcha en primavera
y buscaba el saber jadeante de los mirlos;

brebaje de cometas y rocío
fueron para él los días de la errancia.

Así será para mí también
la media noche mañana
cuando alzando la copa ante la luna
crea ver en ella la luna diluida.

Derretidas esmeraldas
abrirán mi alma a los bosques,

abrirán mis ojos.

Llanuras heladas,
senderos de azulada bruma,
piel del agua
tamizando la tierra, amándola
calladamente,
y la tímida hojarasca crujirá bajo mis pies...
¿Pediré algo más a los días que me quedan?

Ah, dejad que los príncipes habiten
sus blancas islas.
Incomestibles ágatas dan allí los cerezos,
y el agua es obediente
y jamás se desbordan las fuentes
de los jardines del rey.

Que sigan en sus estancias
y cuando quiera llevarlos la muerte
dejad que se encierren en arcas de vidrio,

y a mí...,
a mí dejadme que vaya
tras el gemido del agua que se despeña a lo lejos,

que yo no quiero apresar
mis jadeos en vasijas,
que yo no quiero volver.

Y no volveré, mas debiera
acercarme al rey antes de partir.
Entraré en su casa
que es pasada media noche
y ya se inicia el baile de las cien parejas.

Danzarines de clara silueta
viven su hora dorada,

vetas de agua sobre ámbar tallado,
la seda rocía los pies
de las danzarinas
haciendo que parezcan más líquidos sus pasos.

"¡Gozad, amigos, que hoy
sólo seréis siervos de la danza;
ágiles diosas dejad
que el alba os sorprenda bailando!"
-dice la canción que todas las noches
entonan a la hora de iniciar la danza-

¡Ay! pero diosas que ofrendan su cuerpo a Suan
¿no entregan con la piel la húmeda
latencia de su yin? ¿A Suan le gustan
las de trece abriles?, pues dadle súbditas
de trece abriles a Suan. ¿A Suan le gustan
los labios intactos?, pues dadle labios
apenas besados a Suan.
¿A Suan le gustan las niñas
que parecen nubes precozmente tristes?,
pues dale nubes precoces y tristes a Suan...

Mas debiera callarme y dejar
de ser soez por esta noche,
¿o no veo la dicha desbordarse
por todas las estancias de palacio?

Teatro de siluetas
entre cortinas de hibisco,
magnates y doncellas juegan a ocultarse.

Repujados pajes y muchachas
que labraron su cuerpo con rigor de orfebre
tejen en torno a la mesa central
aretes de mil colores,
fulgurantes colas de dragón.

Seguiréis así hasta el día
en que oscura se torne la apariencia
y los pies no se ajusten a la música.

Pues es en vosotros,
cuerpos ágiles y bellos,
donde ellos se miran a sí mismos.

Por eso, amados míos,
vivid al acecho de la carne enfermiza,
y que nunca la piel
olvide su frescura
ni los ojos su viveza.

Aprended de memoria vuestro rostro juvenil
para poder dibujarlo cuando esté borroso:

la línea solar de las cejas
aprendedla bien,
la perfecta ondulación de los cabellos,
y aprended esos gestos que simulan ligereza
para el día que no seáis ligeros.

Y que ni la voz olvide el dulce tono
que hace que parezcan las palabras líquidas
ni los labios olviden su perfil exacto,

que mientras ese olvido no os aceche
podréis seguir la fiesta,

y por mí seguidla y que muchas albas
giren en torno a vuestros rojos cuerpos
y en torno a los cuerpos de quienes os protegen,
¿o sois vosotros los que los protegéis?

Seguid que otro será
quien diga mañana basta,
mas por mí
que sea el festín eterno
y que las cítaras tiemblen
y que los atrios se aneguen de vino:

las copas centellean
y se oye el crepitar de la seda al rasgarse.

Por las pasillos que llevan
a las alcobas del rey,
los hilachos del disfraz de Yang Kuei Fei.

Sí, en el lecho real
eres aún la dulce Kuei Fei, la Golondrina
Ágil. ¿Hasta cuándo serás su preferida?

Por un susurro te dio Suan Tsog
una garza de oro
y tus noches de danza sólo se compraban con zafiros.

Por una tarde de amor
te ofreció los jardines simulados de Teng-Jiang:
nenúfares de jaspe, hibiscos de marfil,
duraznos de plata...

Mas ahora tus pechos miran hacia abajo
y el Gran Espejo esquiva la mirada,
no quiere ver la tiniebla dibujada en ti.

¿Cuánto duró tu reino en su alcoba?
Apenas cuatro años y ahora
ignoras ya si fuiste alguna vez dichosa
y sabes pasado el tiempo de la danza.

De la colina te llega el aroma de las piras
que embriaga más que el vino
y en las tardes oscuras y lluviosas
ya sólo piensas en los muertos.

Tú que fuiste tanto tiempo la favorita de Tsog
ni siquiera tendrás una tumba memorable.
Él sí, los príncipes temen diluirse,
aborrecen la humedad.

Cesa uno y otro y otro más,
pero las dinastías quedan
y las colinas de Yang se llenan de labrados túmulos.

Ya ves cómo en sus jardines forman
densas islas los cerezos y los tilos y los sauces
y en ellos van trazando
de una a otra orilla
el anagrama real,
pues desean que los árboles
también asuman sus rasgos y escuchan y asientan
como ayer yo asentí.

La noche toca a su fin
y yo quisiera callar,
no mentar más el palacio
y hablar solamente de las cosas
que se hallan más allá de los cercados
que el horror a la tiniebla ha trazado en torno vuestro.

¿Pues quién ignora ya que vuestra audacia
acaba donde acaban los muros de palacio?

Dentro de ellos
podrá la nieve ser polvo de gemas
y la lluvia de oro líquido,

faisanes caligráficos los ojos
de las bellas danzarinas,
aves heráldicas que batan
las alas mansamente...

¡Que dures más que ellas, rey del país
de Song Guó, y más que todos los galápagos
que habitan Pong y Lay,
y que pueda tu seno cobijar
diez generaciones de letrados!

Mas aquel que busca los otoños verdaderos,
los cálidos otoños,
las ondas azules del Jiang Jo,
el viento abatiendo los bambúes,
¿qué hace aún en tu jardín de vidrio?
¿Emborracharse de nuevo?

Mañana cuando vuelva a ser el día
la medida de las cosas
y la luz devore los fantasmas de la noche
comenzará mi fuga.

Me iré por los senderos
que sigue el desterrado
y buscaré las provincias que se olvidaron de ti.

Mansas voces venidas de muy lejos
se irán tejiendo a mi voz,

mansas sombras borrarán
en mí los años, los versos,
las arrugas, la memoria...

A la otra orilla del río
más huidizo del reino
sé que llegaré algún día:

¿la luna arderá en el cielo?,
¿el agua será oro diáfano
y veré diluirse en ella,
como un sueño en otro sueño,
los espejos de palacio?

Dímelo tú, señor del Reino del Medio,
si aún conoces la lengua
de los beodos y los dioses
y es tu corazón una comarca húmeda.

¿Será mi última túnica
el agua del río Amarillo?

¿Será mi último espejo la luna?

2. VIEJA LEYENDA CHINA

Boca de Jade
y Boca Jadeante
se unieron para crear el mundo.

Y lo crearon, en efecto.

Y el mundo fue
una tinaja de jade
y mil cobras jadeantes dentro.

3. CONFESIONES DE UNA CONCUBINA

Torpes son las caricias del monarca
toscos y amargos sus labios
cansados de contar dinastías:
nombres de vástagos y nombres de siervas
y de siervos,
la tristeza prolongándose
más allá de su lecho.

Allí concebiste para él un príncipe
que era su misma imagen torva.
Nueve meses vivió en tu vientre,
después se lo entregaste
y le grabó en su piel
los estigmas reales:
la mueca en que la estirpe
se habrá de retratar más tarde.

Duro es el signo de la esclavitud
trazado a fuego sobre carne virgen.
Largas décadas de muerte
y breves ráfagas de dicha
son el exacto resumen de tu vida.

4. HSUAN TSANG LLEGA A TAXILA

El milano detiene su danza
en mitad del cielo.
Sobre las rojas colinas
diez milenios sepultados para siempre.

Es el poniente en Taxila: se detiene
mi caballo.
Piso la tierra, la beso
y camino en silencio hasta la vieja ciudad.

Anochece
y el milano se pierde en la bóveda azul.
Fatigo las calles desiertas:
Budas derruidos, mudez y tiniebla
pueblan ahora Taxila
y su vieja memoria
roe mi joven memoria
que tiene sed de respuestas,
(mas la arena ya borró
todas las losas escritas).

Me acerco a mi caballo y le digo
que debemos alejarnos para siempre de Taxila.
El asiente y en silencio
nos vamos perdiendo en la llanura,
pues también las bestias comprenden
que llegado ese tiempo en que hombres y ciudades
conquistán el límite de su permanencia,
y sólo la muerte aletea
como el viento que muerde los templos demolidos,
es mejora alejarse
y embriagarse en las posadas al atardecer
y recorrer los caminos
y entregarse a la vida y buscar ciudades
donde esa vida nos sea benigna otra vez.

Amanece y a lo lejos
divisamos una larga caravana.
En silencio me dice mi caballo
que debemos seguir con ella el viaje.

Y yo asiento y respiro con alivio
y me digo a mí mismo acercándome
raudo al último camello:
“Mejor caminar entre gentes sin patria y sin destino
por esa ruta que llaman de la sed
que vivir para siempre entre los muertos”.

5. CONSEJOS DE UN MANDARÍN

No te duermas cuando están conspirando contra ti.
Dormir entonces sería condenarte
a ser el cómplice de un homicidio
en el que tú eres la víctima
y tú el asesino.

Si te duermen te matarán entonces,
cuando eres nadie,
y por eso dirán que nadie te mató,
que te mataste tú mismo.

6. EL SUEÑO DE TCHUANG TSEU

Toda vida es sabida de antemano por la tierra
y nada está escrito sin embargo.
Nada hay en tu carne de legado
y eres no obstante el hijo
de la herencia escrita y de la unión
de la cifra y la materia,

de la herencia escrita y de esa
figuración de la noche
que fue el vientre de la hembra.

Antes,
mucho antes de que tú nacieras
todo lo sabía la tierra y todo
hallaba cobijo en su opaca transparencia.
Por eso saber es recordar
lo que la tierra guarda
y lo que tú sabías cuando eran tus entrañas
iguales a las de ella,
y por eso también recordar es saber
y saber no distinto a morir,

pues toda vida
es conocida de antemano por la tierra
y nada en ella está escrito sin embargo.

7. PRÍNCIPE MING ANTE EL ESPEJO

Un príncipe Ming se detuvo
ante el espejo y le dijo:

–Este rostro que veo
no es el mismo que el de ayer
ni igual al que veré mañana.
¿Para qué sirven los espejos?
¿para sentir el trayecto
del tiempo en nuestra cara?

–Sí –le dijo el espejo–,
sirven para saber
que el tiempo sigue y tú te acabas,
porque este rostro que te ofrezco
ni es el de ayer ni el de mañana,
ni igual al que verán
los otros cuando estés muerto.

8. EL COMISARIO DEL PUEBLO

El Yang Tse Kiang: las aguas turbias,
las montañas recortadas contra el cielo
perlado del poniente, jade líquido parecen
las cascadas celestes y telúricas.

El vapor avanza, jadean sus máquinas
profundas, revientan las olas violáceas
sobre su panza oscura. El vapor
avanza y la luz de la luna lo perfila
contra la noche diáfana.

Esta es la tierra de mis padres.
A ella vuelvo y sé
que me iré más tarde.
Todos los años vengo y todos
los años vuelvo
a marcharme otra vez
para perderme en las calles
calientes de Pekín
cuando declina la tarde.

Soy el funcionario de un reino
viejo como el mundo.
Soy el comisario del pueblo.
Así me llaman mis jefes
y así me llaman sus subalternos.

Ignoran que yo vivo en otro imperio
más eterno y más fugaz,
como las aguas que veo, como las aguas
que invoco: riberas de mi país natal.

La vida es efímera, decía
Li Po. La vida es un sueño vago
y un amargo narcótico...

Ya lo sé: soy viajero
y rara vez me detengo
más de un día en una ciudad.
Soy (oh, perdonadme)
un comisario del pueblo..

La vida es un sueño vago
pero algo hay de eterno en esa vaguedad
ahora que me veo de nuevo
en mi país natal.

El vapor avanza, jadean sus máquinas
profundas, revientan las olas violáceas
sobre su panza oscura. El vapor
avanza y la luz de la luna lo perfila
contra la noche diáfana.

9. NO LA ENCONTRÉ EN SU MANSIÓN DE PÁLING

Ante la piel huidiza de las aguas
edificaron la ciudad de Páling.
Veinte lis más allá de esa ruta
hallarás la taberna de Los Príncipes Negros,
burdel de infinitas estancias
al borde de un camino polvoriento.

Todas las mañanas en ese camino
concurren las cuatro tribus del reino:
mercaderes, artesanos,
letrados y campesinos.
Y todas las noches en esa taberna
enloquece el viajero que busca en el vino
el último camino de la vida,

ese que nos hace sentir cuando aparece,
ante un tumulto de búfalos despeñados,
el lejano resplandor de la tiniebla.

Y allí también yo fui una tarde
tiempo después
de haberla perdido,
que allí también vamos los príncipes
que sabemos disfrazarnos de mendigos.

Bebí como beben los sedientos
que han atravesado el arenal de Gobi.
Parajes perdidos
de mi vida
y mi memoria
ardieron esa noche de fasto y de locura
entre siervos desalmados
tahúres
y rameras.

Con la misma crudeza con que llega
la vida al no nacido
vino a mí a buscarme
la primera luz del alba,
y esa luz incendiaba por entero
toda la extensión de mi mirada.

Mi propia cara me hería en los ojos
al verla reflejada
en un charco de vino
y mil veces escupí sobre los atrios
todos los nombres
de mis antepasados.

Dando tumbos como un niño
que aprende a caminar
salí del lupanar y me tumbé en la hierba.

Dulcemente desfilaron ante mí las noches
más hermosas de mi vida
cuando iba a verla en secreto a la casa familiar.

Recordé el dragón de jade que se erguía amenazante
a la puerta de su alcoba
honda como un templo,
recordé las cinco lámparas
y el lecho sobre el suelo.

Recordé las ventanas abriéndose a la luz
dudosa de la luna
cuando ella se escurría conmigo entre las sábanas
como una pantera por la falda
movediza de una duna.

Mis dedos recorrían
el bisel de sus labios
y al estrecharla mis brazos ansiaban fundir
las simas de mi vida y de la suya.

Su cuerpo me hacía doblegarme
porque encarnaba un misterio
condenado a extinguirse con los años
y sin embargo perpetuo
pues estaba por entero vinculado a la belleza
y la belleza es eterna en la memoria.

Ciego en la hora
más roja de la tarde
remonté la colina y me acerqué a la casa
que perduraba en mis sueños.
No la encontré en su mansión de Páling.
Vacíos vi los atrios y solitaria la larga
avenida de cerezos.

Abrí la puerta
de la casa y oía
a humedad en los pasillos
y a tristeza en las alcobas.
Un dragón decapitado
y cinco candelabros rotos
quedaban en su cuarto
y estaban sus ventanas cerradas a la vida.

¿A dónde había ido
la oscura familia del mercader?
¿En qué lugar del reino
su hija me aguardaba,
en qué bazar del mundo la vendieron
o a qué senil letrado
entregaron su destino?

Vomitándome a mí mismo salí de aquella casa
sintiendo que se tornaba
más gris mi melancolía.

Todo parecía gris: las rosas grises,
los árboles, las peñas grises, la casa
y las nubes que recorrían
veloces la atalaya.

¿Quién me llamaba
a los lejos? No hacían ruido los gamos
al trotar colina abajo
ni ruido los pelícanos al batir sus alas.

Miré hacia la cascada: creí que el agua
descendía más despacio
acaso temerosa de escucharse.
¿Quién me llamaba? ¿Nadie?

Aparte mis ojos de agua
y de pronto la vi ante mí
en mitad de la arboleda,
la negra y fría arboleda
desde la que alguna vez
me despedí de ella.

No me atreví a llamarla;
fue ella la que vino a mí.

Más reales que antes me parecieron sus ojos,
de una densidad intolerable,
y más reales sus labios, y más reales sus manos,
y su escueto y húmedo talle.

Y cuando quise besar
esos labios tan ciertos,
y cuando quise tocar esas manos encendidas
tras las que parecía crepitar el fuego,
y cuando quise sentir en mis sienes sus cabellos
y en mi pecho sus senos ambarinos,

y cuando quise notar sus piernas
vegetales junto a las mías
y decirle que no me importaba
perder el alma y la vida,

y cuando quise hundirme
en su más profundo sueño,
y beber el aliento cálido
que pasaba por su cuerpo,

y cuando quise perder mi mirada en la suya
y fundir mi carne
a sus entrañas húmedas,
y cuando quise hablarle y tocarla
y amarla como ama
a la tierra el árbol y el pez al agua
se disipó en el aire.

Grité con todas mis fuerzas.
Mi voz resonó en la casa y susurraron
los árboles,
pero no me contestó nadie.

Cerré los ojos, tratando
de evocarla inútilmente.
Recordaba su mirada y sabía
que la había amado alguna vez.
Recordaba también el dragón de jade,
las cinco lámpara y el aire
desgajando los visillos,
pero ya no supe nunca dibujar su cara,
imposible recordar el sabor de sus palabras
y el secreto dialecto de sus manos.

Abrí los ojos: todo era silencio
y colinas serenas y una vaga
ribera de eucaliptos.
Todo era silencio.

"No tener memoria para no albergar
en ella pesadillas
que es saber que la dicha
un día nos fue cierta.
No tener ciudad ni patria,
ni amigos que guardar,
falsos o legítimos.

No tener deseos para no morir
de jadeo y de tristeza
en las noches solitarias
y en las noches ciegas.

Y desdeñar también los misterios del amor
que tan secretamente
funden nuestra sed al sueño de la muerte.

No tener apenas nada y dejar que el viento
me aleje de Páling y me lleve a Pekín,
la ciudad de nadie,
donde todos se saben de ningún lugar,
donde todos son hijos de ninguna parte."

Así me hablé a mí mismo a esa hora
en que las últimas grullas dejaban la comarca
y ya se avecinaba la estación de las lluvias,

la hora en que supe que yo también dejaba
la ciudad de Páling,
esa que antaño fuera edificada
por una estirpe divina,
pero también insensata,

sobre la piel huidiza de las aguas.

1. Li Po y los príncipes	5
2. Vieja leyenda china	19
3. Confesiones de una concubina	20
4. Hsuan Tsang llega a Taxila	21
5. Consejos de un mandarín	23
6. El sueño de Tchuang Tseu	24
7. Príncipe Ming ante el espejo	25
8. El comisario del pueblo	26
9. No la encontré en su mansión de Páling	28

Digitalizado por Yennadi (yennadi@hotmail.com) para compartir este poemario descatalogado en los fondos editoriales.
Primavera 2005.

La primera edición de “Río Amarillo” fue publicada por la Editorial Pamiela (Colección “Diamante de Caín”, n° 5), en abril de 1986.

Jesús Ferrero nació en Zamora en diciembre de 1952 y acababa de cumplir los veinte meses de vida cuando lo trasladaron al País Vasco.

De aquella época guarda un recuerdo. Él tiene unos dos años y medio y pasea con su madre por un puente de hierro. A ambos lados del puente se ven dos playas, el mar y la desembocadura de un río. El niño le pregunta a su madre: ¿Dónde estamos? Ella responde: "En el puente internacional".

Se hallaban en Hendaya, en la frontera, y desde entonces se siente un fronterizo.

Todas sus novelas están escritas desde la frontera. La primera, *Bélver Yin*, la situó en China, y la segunda, *Optium*, en el Tíbet. Imitando a Mao, primero tomó China y después se anexionó en Tíbet sin por eso verse obligado a realizar matanza alguna o expulsar al Dalai Lama.

Sus siguientes novelas también están escritas desde la frontera. *Lady Pepa* desde la frontera entre Texas y Barcelona, que como nadie ignora es una gran frontera, y *Débora Blenn* desde la frontera entre Barcelona y Berlín, que también es muy extensa.

Se hallaba completamente arruinado y sus acreedores le acosaban todo el día tras la puerta de su buhardilla cuando se presentó al Premio Internacional de Novela con *El efecto Doppler*. Lo ganó, le dieron diez millones de pesetas y esa noche sus acreedores brindaron con Don Perignon.

En general los premios sólo le sirven para librarse de sus acreedores, y ha constatado que están más informados que él en toda clase de galardones literarios.

Después de *El efecto Doppler*, escribió una trilogía épica, compuesta por *Alis el Salvaje*, *Los reinos combatientes* y *El secreto de los dioses*. Novelas por las que el autor siente un afecto muy especial y que escribió en Barcelona, al igual que todas las anteriores salvo *Bélver Yin*, escrita en París mientras cursaba estudios de Historia y trabajaba de portero de noche en el hotel donde Proust había llevado a cabo la ceremonia de las ratas, muy cerca de la iglesia de la Madeleine.

Tras su larga estancia en París y su no menos larga estancia en Barcelona, se trasladó a Madrid, donde ha sido profesor de la Escuela de Letras y donde ha escrito *Amador o la narración de un hombre afortunado*, *El último Banquete* (Premio Azorín, 1997), *El diablo en los ojos* y *Juanelo o el hombre nuevo*, además de tres narraciones juveniles: *Las veinte fugas de Bási*, *Ulaluna* (elegida por la Unesco como la novela juvenil en español de más calidad literaria de 1998) y *Zirze piernas largas*.

Ha trabajado para la radio, el cine y la televisión. Participó en el rodaje de *Robin y Marian*, de Richard Lester, a los veinte años, y un decenio después escribió con Pedro Almodóvar el guión de *Matador*. Fue también el autor del guión literario del Pabellón de la Navegación, en la Expo de Sevilla.

Hasta el momento ha publicado doce novelas, tres poemarios (*Río Amarillo*, *Negro sol* y *Ab mira la gente solitaria*), cinco narraciones (las ya indicadas más *Lucrecia Temple* y *La era de la niebla*), una novela a modo de folletín que apareció en el diario *El independiente* con el título de *Un amor en Berlín*, una obra de teatro (*Las siete ciudades del Cibola*) y un ensayo histórico novelesco (*Pekín de la Ciudad Prohibida*). Parte de su obra ha sido traducida al alemán, francés, italiano y portugués.

Texto extraído de la página web oficial del autor: <http://www.jesus-ferrero.com/>